



# Mujeres Prodigiosas

Javier Béjar

# Mujeres prodigiosas

Javier Béjar

# PRIMERA PARTE

## 1

10 DE NOVIEMBRE DE 1892

MADRID

## PUNTO DE VISTA DE CARMEN HOBART

La carta con el membrete de la Dirección General de Instrucción Pública me informaba de que no habían aceptado mi solicitud para estudiar Periodismo en la Universidad. Los burócratas de dicho organismo, sin justificar las razones que les habían llevado a tomar esa decisión, no me consideraban una adecuada aspirante para acceder a un título superior. Tras tenerme en vilo más de cuatro meses, habían denegado mi acceso.

Esta noticia me hizo estar de un humor de perros durante una buena temporada. Me movía entre los arrebatos de agitación y furia que se apoderaban de mí como en un nuevo baile de San Vito y una apatía a la sordina. Por mucho que leyera y relejera aquella maldita misiva, no descubría en ella el menor atisbo de humanidad hacía mí, ni la menor intención de justificar tan repugnante resolución.

Con el paso de los días, me calmé y esta desgracia pasó a convertirse en uno de esos pensamientos recurrentes que nos asedian, pero que debemos apartar de nuestra mente para no amargarnos la existencia. Porque reconozco que me hubiera gustado mucho estudiar Periodismo. Y además, considero que atesoro las cualidades necesarias para ser eficaz en este terreno: curiosidad insaciable, desparpajo para ponerme a hablar con desconocidos y cierto afán perfeccionista por la elaboración de escritos.

Aquel zarpazo que hizo pedazos mi sueño, me obligó a ponderar a la baja las perspectivas de esa misma vida que tan ilusionante nos parece al asomarnos a ella y tan desmoralizante en su desarrollo. Desde que tuve uso de razón siempre había pensado que todos teníamos derecho a plantearnos objetivos y alcanzarlos y nada mejor para ello que convertirme en una mujer señalada; pero no en el sentido de marcada y proscrita, sino en el de destacada y notable, que es bien distinto. Pero lamentablemente, este organismo había decidido mi futuro sin contar conmigo, dictaminando que no me convenía estudiar por el hecho de ser mujer, no fuera a ser que aprendiera más de la cuenta.

Era lamentable en cualquier caso, pero especialmente incomprensible en el mío, pues soy de buena familia. Soy madrileña y vivo nada menos que en la calle del Conde de Peñalver, en pleno barrio de Salamanca. Quizá por ello el fracaso era más estrepitoso aunque hablar de fracaso cuando ni siquiera te han dejado intentar algo resulta absurdo. Fracaso hubiera sido suspender los exámenes, o matricularme para no ir a las clases, o acudir, pero desentenderme de ellas en favor del entretenimiento fútil que aportar las musarañas y las avutardas. La situación que atravesaba tenía nombres mucho más adecuados y que se ajustaban más a la realidad, como discriminación, exclusión o marginación femenina.

Mi madre, Claudina Fleury es francesa, de Toulouse, y ejerce de secretaria en la embajada del Reino Unido en España. Su principal función consiste en traducir la correspondencia que la embajada francesa enviaba a la inglesa. Mi progenitora entró en la embajada como interina en sustitución de una funcionaria que se acababa de jubilar.

John Hobart, mi padre, era londinense y había muerto cuando yo tenía doce años, pero entre el 1868 y 1873 había sido el Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la diplomacia británica en Madrid. Una casi se quedaba sin aire para decirlo. En la actualidad, supongo que

para ahorrar saliva, oxígeno, tinta o papel, el cargo se conoce sencillamente por el nombre de *embajador*.

Mi progenitor, que era siete años mayor que mi madre, con el fin de conquistar a su futura pareja había desplegado una simpática estrategia consistente en acercarse a ella con todo tipo de excusas inverosímiles. Al principio Claudine, se mostró despectiva y parca en palabras, pero al cabo de un tiempo, la *mademoiselle*, tras ciertas reticencias mujeriles imprescindibles para ahuyentar a los que albergan intenciones poco serias, dio por válido el cortejo del *gentleman* y sacó la bandera blanca.

De mi padre heredé unos ojos de un azul desvaído. De mi madre, mi pelo castaño oscuro y cierto refinamiento en mis rasgos: una naricilla respingona como de duendecilla, y una mandíbula de contorno ojival que encuadra lo ya mencionado. No me considero una beldad, pero creo que los hombres pueden mirarme a la cara sin que les entre repe-lús.

Mi padre, como buen diplomático que era y debido a unas convicciones personales en las que era insobornable, nunca había querido compadrear en los círculos donde se corta el bacalao para establecer contactos. Decía que jamás perdonaría a los conservadores haber tratado de impedir el abolicionismo de la esclavitud, ni a los liberales su proverbial empeño en reducir el poder del Estado gracias al cual, la gente menos pudiente puede acceder a ciertos servicios básicos.

Nada de esto importaba ya, pero supongo que si John Hobart hubiera utilizado su cargo en su provecho y hubiera repartido favores a diestro y siniestro como el que reparte barquillos en las fiestas de San Isidro, tendría una buena red de contactos por aquí, por allá y por acullá, y puede que otro gallo me hubiera cantado. Pero mi padre era un idealista en busca de imposibles, una persona comedida, íntegra que se regía por unos principios que ningún partido

político cumplía del todo, razones por las cuales siempre se mantenía en la neutralidad.

A veces me maliciaba pensando que ojalá mi padre hubiera sido un nepotista sin escrúpulos, un boticario muy experimentado en dorar píldoras o un friolero dispuesto a arrimarse al sol que más calienta, pues son precisamente esta clase de personajes los que más veces acaba saliéndose con la suya.

Mi nimio consuelo ante este drama es que, de todas maneras, de poco me habría servido estudiar. Las pocas mujeres que obtenían permiso para estudiar Periodismo solo se les concedían títulos honorarios, inservibles a la postre para ejercer como reporteras o corresponsales.

A pesar de mi rabia y de ese resentimiento que me temía que nunca fuera a desaparecer del todo, procuré no hundirme, porque a pesar de semejante decepción, consideraba que tenía cualidades para conseguir algo en la vida.

Era evidente que los gerifaltes de nuestra retrógrada sociedad no nos tenían en mucha estima a las mujeres. Y era más que obvio que su estrechez de miras era tal, que no les importaba un bledo echar por tierra el talento de la mitad de la población. Pero para no amargarnos y volvernos locas, a las mujeres de hoy en día, no nos quedaba otro remedio que asumir la realidad y tratar de situarnos en todos los frentes en los que se puede dar la batalla; en modo alguno debíamos bajar los brazos y aceptar una injusta y desfavorable realidad con angelical sumisión.

Habían truncado mis expectativas de estudiar, pero no permitiría que las limitaciones que me habían impuesto, me cortaran las agallas. Yo era periodista desde que me levantaba por la mañana hasta que me acostaba por la noche, lo pusiera o no en un papel oficial, porque en mi forma de mirar alrededor, de reflexionar y de escribir, me sentía periodista. Y ya puestos, también escritora, aunque esa creencia todavía se me antojaba un tanto pretenciosa.

Si bien, albergaba una corazonada que me indicaba que, tarde o temprano, podría dedicarme a mi pasión, porque yo no pensaba darme jamás por derrotada en esta partida de tahúres. Siempre me había gustado ese proverbio chino que dice que dónde hay una voluntad, hay un camino.

Considero que tenía unas cuantas bazas a mi favor para conseguir mi objetivo. A saber: domino la lengua de Cervantes por nacimiento e influjo ambiental. Ya sé que no es algo muy meritorio, habida cuenta de casi todo el mundo se defiende en castellano, pero vale como punto de partida. Lo que me otorgaba cierta ventaja sobre el común de los mortales era que mis padres me habían enseñado sus respectivas lenguas: él, el inglés, y ella, la francesa.

Además, soy muy aficionada a la lectura desde siempre. Con apenas tres años ya leía en voz alta y con cuatro empecé a leer libros infantiles. Con el transcurso del tiempo, mi gusto por la lectura se fue ampliando. Me fascinaba y me sigue fascinando el amplísimo juego que podía llegar a ofrecer una acertada combinación de veintinueve letras, diez cifras y un puñado de símbolos.

Leía varios periódicos para que la realidad no me pillara desprevenida, pero también me gustaba enfrascarme en obras de teatro tanto de autores clásicos, como contemporáneos. El hecho de que pudiera ocurrir tanto en tan poco espacio me maravillaba.

Aunque como buena lectora, también me gustaban mucho las novelas. Y es que siempre he considerado que esta clase de libros tienen una magia especial y que constituyen una especie de puerta abierta al más allá: sirven para que una pueda meterse en la piel de sus personajes y, de este modo, presenciar acontecimientos históricos, vivir padecimientos estremecedores, regocijarse con situación desterrillantes o ser testigo de sucesos extraordinarios. Sin duda, nos permiten evadirnos de una rutina que, con mucha frecuencia, muestra su cara más huraña y exenta de alicientes.



Y me gustaban a pesar del escaso protagonismo que, en general, se nos concedía en ellos a las mujeres.

Supongo que en este hábito también tuvo mucho que ver el influjo de mis padres, asiduos lectores ambos, aunque cada uno en su idioma. Sé que mi caso no es muy común, pues buena parte de las novelas que han pasado por mis manos, he tenido la suerte de disfrutarlas en el idioma en el que fueron escritas originalmente.

También soy bastante aficionada a viajar. Ya de niña, tenía por costumbre girar un globo terráqueo que había en el salón y, con los ojos cerrados, señalaba un punto con el dedo índice, frenando en seco la esfera mundial. "Aquí", decía. Reconozco que mi dedo solía ir a parar a algún océano, en cuyo caso, volvía a girar el artilugio. Si bien es cierto que en cuanto acertaba con un punto habitable de la superficie terrestre no sumergida, miraba de qué lugar se trataba y fantaseaba con la naturaleza de mi destino, ya fuera exótico, cosmopolita, montaraz o desértico, haciéndome a la idea de cómo sería vivir allí o cómo sonaría el idioma que allí se hablara. Recuerdo que ya entonces me hacía mucha gracia que se llamara globo. Me imaginaba que era porque hacía volar la imaginación, a pesar de no elevarse por los aires. Por supuesto, siempre he sido consciente de que los idiomas eran el mejor salvoconducto para recorrer el mundo. Antes de que muriera mi padre, los tres habíamos estado en Londres y también, en un par de ocasiones, en Toulouse. Pero mi alma de trotamundos, no tenía ni para empezar con estos viajes.

Sé muy bien que a los veinte años, lo normal es ir buscando marido. Pero yo, y no solo por ir en contra de las buenas costumbres, no llevaba idea de casarme. Era consciente de que las casadas se ataban de tal manera al marido, que se quedaban sin ninguna posibilidad de poner en práctica su iniciativa. Y yo, en honor a la verdad, no quería perder la poca libertad de la que disponía.

Francamente, nunca he sido capaz de entender como nuestros gobernantes pueden seguir elaborando leyes que nos convierten a las féminas en ciudadanas de segunda. ¿Cómo han podido legislar de forma que las mujeres casadas estén obligadas a pedir permiso al marido para desempeñar actividades económicas o para efectuar una compra que no sea la típica compra doméstica? Pues lo han hecho y se han quedado tan anchos con su hazaña.

El hecho de que fuera reacia a meterme en una relación formal no significaba que me faltaran pretendientes, pues en mi ciudad se podían encontrar hombres de toda índole dispuestos a lanzarte los piropos más variopintos. De hecho, conocía a unos cuantos en mi entorno a los que, de no haber mediado estas objeciones, les habría dado la opción de conocerme. Pero mi corazón, esa infalible brújula que indica la dirección correcta, resolvió que si, en un momento de debilidad, me dejaba atrapar en una relación, mis sueños se esfumarían como por ensalmo, se disolverían igual que se deshacen unos azucarillos en una taza de café caliente. Plantarme delante del altar de punta en blanco era una idea tentadora, pues miente la que afirma que le desagrada un poco de protagonismo. Pero en mi caso, no quería ser una víctima más del desprecio legislativo.

Como digo, el matrimonio no estaba entre mis prioridades, pero sí necesitaba ganar dinero para independizarme y empezar a vivir por mi cuenta y riesgo. En modo alguno podía plantearme un futuro como sopista en la casa familiar, nutriéndome de la sopa boba que mi madre tuviera a bien suministrarme.

Carecía de una titulación que demostrara que era políglota y, por tanto, que comprendía las lenguas en las que Balzac o Dickens plasmaron sus escritos. Pero esta circunstancia no fue óbice para decidirme a concurrir a una oferta de trabajo que encontré en el diario matutino *El Liberal*. En el anuncio por palabras en cuestión se buscaba cubrir un

puesto de secretaria bilingüe en un despacho de abogados.

A la mañana siguiente, que era diez de noviembre y caía en viernes acudí a la dirección que figuraba en el anuncio, para dejarme de reconcomios y afrontar, por fin, mi primera entrevista de trabajo.

El despacho estaba situado en la tercera planta de un señorial edificio de la Gran Vía. Tras cruzar el pesado portón, subí por unas escaleras de mármol con barandillas de herrería. Al llegar al descansillo, desplacé la única puerta que estaba entreabierta. Una chapa metálica colocada bajo la mirilla rezaba: *Teodoro Salillas. Abogado laboralista.*

Frente a la puerta había una mesa de recepción baja, detrás de la cual no había nadie para atender. A mi izquierda, reparé en la presencia de una cuarentona con gafas de pinza y un vestido muy clásico, de los que llevan corsé y polizones para aumentar el volumen femenino y reducir la cintura. Estaba sentada en un sofá isabelino de tapicería roja, pero estaba tan ensimismada que creo que ni oyó el saludo que le dirigí. No quise insistir y opté por contemplar la estancia. La antesala no era muy espaciosa, pero estaba decorada con papel pintado y tenía varios apliques distribuidos en diferentes puntos.

En una de las paredes había tres cuadros puestos en fila. Eran grandes y habían sido pintados con muchos detalles. El primero era un bodegón clásico de fondo oscuro en cuya contemplación era fácil recrearse. El segundo constaba de frutas podridas y agusanadas, de flores marchitas, unos desagradables motivos a lo que había que añadirle un reloj de arena cubierto de telarañas con el receptáculo de abajo lleno en el centro. Y en el último se veía una estantería repleta de libros, en cuyo estante superior había un sextante y una tétrica calavera.

Poco después, una de las hojas de la puerta doble del despacho se abrió. Una joven con el pelo recogido salió y, mientras se dirigía a la salida, farfulló una despedida. La

mujer silenciosa entró y yo me quedé a la espera de que llegara mi turno.

Al cabo de un tiempo que no puedo precisar porque me había quedado abstraída contemplando los cuadros, alguien situado muy cerca de mi espalda, me dijo en voz baja:

—¿Qué le parecen estos cuadros, señorita?

Me sobresalté como una alumna pillada en falta y me giré para ver a mi interlocutor. Tenía ante mí a un señor largo como un día sin pan, vestido con unos sobrios pantalones grises, una llamativa camisa amarilla y una pajarita naranja. Calculo que pasaría algunos años imprecisos de la treintena, pero estaba casi calvo. Una perilla hirsuta y no del todo bien perfilada enmarcaba su boca. No entendía apenas de pintura, pero traté de dar una respuesta medianamente coherente.

—El primero me gusta. Es muy clásico y lo han pintado con muchos detalles: se ven hasta los pequeños defectos de las frutas auténticas. El segundo me resulta desagradable; está claro que se han recreado con tanta putrefacción. También parece indicar que el tiempo se acaba. Y el tercero, con tantos libros, parece que representa la sabiduría, los conocimientos o algo por el estilo.

—Existe un término latino que explica el simbolismo de estos tres cuadros: *vanitas*. No me refiero a la vanidad entendida como soberbia, sino a la insignificancia de todo ante la certeza de la muerte, simbolizada por la calavera del tercer cuadro. Esta serie de cuadros habla de la futilidad de los placeres humanos: todo se pudre enseguida. Y por eso, si queremos llegar a la máxima expresión de nuestra humanidad y dejar huella en el mundo, debemos ir un paso más allá y no obsesionarnos con todo aquello que es temporal y caduco. Y para ello debemos poner toda nuestra atención en lo verdaderamente importante.

Tras su interpretación pictórica, se presentó:

—Me llamo Teodoro Salillas.

—Un placer, don Teodoro —me apresuré a decir.

—Teodoro sin don —replicó—. La naturaleza no me obsesquió con demasiados dones, salvo con la maldición del mal de alturas.

—¿Es que hace usted alpinismo? —pregunté de soperón, aunque no tardé en caer en la cuenta de que con mucha ingenuidad.

Se rió de una forma contenida y movió la cabeza en señal negativa.

—Me refiero a que la vida, en general, no está diseñada para alguien de mi estatura. Todo me resulta pequeño: los dinteles de las puertas, los carruajes. En fin, aparte de bastante alto, también soy abogado especializado en derecho laboral. ¿Con quién tengo el honor de hablar?

—Con Carmen Hobart.

—El nombre es español donde los haya, pero... ¿y ese apellido?

—Mi padre, que ya falleció, nació en Londres —repuse—. Fue el embajador del Reino Unido en España hace unos años.

—Y sobre usted, ¿qué puede contarme medianamente interesante?

—No faltaba más: le hago un resumen de mi vida. Tengo veinte años, me gusta leer y estoy soltera. Aparte de manejarme con el inglés, también me desenvuelvo en francés, porque mi madre es de Toulouse y prácticamente he tenido ese idioma como lengua materna. Por lo demás, quise estudiar Periodismo, pero no me lo permitieron. Y sepa usted que no tengo ninguna experiencia laboral, pero aprendo rápido y estoy interesada en este trabajo.

—Una secretaria debe saber guardar secretos —me tanteó.

—Téngalo por seguro —afirmé con seguridad.

Mientras desgranaba mi vida y milagros, el letrado me había estado estudiando con suma atención. Fue una mirada penetrante, curiosa, casi intimidatoria. Era la mirada de

alguien que quería ver algo en mí más allá de las palabras. Quizá si mentía u ocultaba algo. Al cabo pareció resolver a favor de la veracidad de mis palabras e hizo un ademán caballeroso en extremo, como de cortesano en una función teatral, indicándome la puerta de su despacho.

—Adelante, señorita Hobart, pase y póngase cómoda..., hasta cierto punto, claro está, tampoco se lo tome al pie de la letra —dijo con ánimo de impregnar sus palabras de un toque humorístico.

Me senté en una de las dos butacas que había ante el escritorio y él se acomodó en su sillón. Junto a él había una mesa auxiliar con una máquina de escribir en cuyo frontal había un letrero en el que ponía *E. Remington and Sons*. En el lateral izquierdo había una estantería con cientos de libros de derecho y algunas figuritas de porcelana de adorno. A la derecha estaba la ventana y un perchero de forja.

—Ha mencionado antes que no le permitieron ir a la Universidad —dijo el abogado—. ¿No le parece lamentable que a estas alturas vivamos en una sociedad tan rancia y patriarcal? Personalmente, siempre he pensado que es un despropósito que a las mujeres se os pongan tantos obstáculos para desarrollar vuestra vida profesional.

Estuve tentada de despotricar contra los que legislan de manera discriminatoria, pero tampoco podía tenerla la certeza de que no fuera una trampa para ver mi grado de autocontrol. De modo que opté por contenerme para no pasarme de la raya. Me limité a decir con todo el comedimiento del que pude hacer acopio lo siguiente:

—Estoy totalmente de acuerdo con eso. El daño que hacen los poderes públicos mediante sus leyes sexistas es incalculable.

El abogado juntó las palmas de las manos, como si fuera a ponerse a rezar.

—Espero que en los próximos años vivamos cambios a este respecto. Aunque para conseguirlo, en primer lugar

debemos concienciar a todo el mundo de que es imprescindible que las mujeres, como todo hijo de vecino, tengáis derecho, en un horizonte más o menos cercano, a participar en las elecciones. De esta forma, podréis hacer presión a las autoridades y las reivindicaciones que empiezan a oírse, no caerán en saco roto.

Insistía tanto con lo del voto femenino, que opté por no tener tantas prevenciones y hablar con más libertad de ahí en adelante. Súbitamente invadida por la desazón afirmé:

—Lo triste es que puede que votar no sirva para nada. He oído decir que en las elecciones de febrero del año pasado, hubo un fraude monumental con el recuento de votos.

Sorprendido por mi comentario, reflexionó sobre un momento.

—Probablemente también haga falta mejorar la calidad democrática de este país —convino al fin—. Afortunadamente, en lo que respecta al sufragio femenino, estoy seguro de que se acabará consiguiendo. Los españoles no vamos a ser menos que la gente de otros países avanzados. Aunque, por supuesto, no será algo que nos caiga del cielo: habrá que dar la batalla.

—Es usted muy optimista y espero que esté en lo cierto —intervine con pesoso escepticismo.

—Ya verá como los derechos que empiezan a atisbarse en algunos países, acaban llegando aquí —repuso conciliador.

—Eso espero —dije.

En su gesticulación, en su forma de hablar, en sus cejas depiladas al estilo de un dandi detecté cierto amaneramiento, cierta finura impropia del típico hombre orgulloso de su masculinidad. No estaba segura a ciencia cierta, pero me daba la impresión de que a aquel señor no le gustaba acostarse con mujeres. De repente, Teo Salillas me sacó de mi ensimismamiento reflexivo con una pregunta:

—¿Por qué le gustaría ser periodista?